

# LUIS CERNUDA, MEXICANO

Takes more than combat gear to make a man  
Takes more than a license for a gun  
Confront your enemies, avoid them when you can  
A gentleman will walk but never run.  
STING, *Englishman in New York*.

*A Dolores Pla*

Si la tierra que nos ve nacer imprime su huella para siempre, obligando a una fidelidad sentida y no pensada, deuda impostergable del animal que por instinto limita su dominio, la tierra que hacemos poco a poco nuestra es fruto de la elección, la belleza aprehendida, la adoración estética. Los 11 años que vivió entre nosotros, Luis Cernuda supo de este segundo, desinteresado y amoroso arraigo a la tierra, a nuestra tierra. Aquí encontró el amor, que es la forma más bella de la muerte; aquí lo halló la muerte, que es la forma suprema del amor. Bajo este cielo, que aún pudo gozar sin los venenos de la barbarie civilizada, recuperó –en la carne y no sólo en la memoria– espacios andaluces de su infancia; en mercados y cuadriláteros de box, en pueblos de casas blancas *que trepan por cerros y hondonadas*, a sus oídos volvió su lengua niña, olvidada en espíritu a fuerza de vivir en países de habla inglesa.

No quise titular este trabajo *México en Luis Cernuda*, ni *Luis Cernuda en México*, sino *Luis Cernuda, mexicano*. Me interesa más hablar del Luis Cernuda que a los mexicanos nos pertenece, y agradecer, además de su obra, que haya elegido convertirse en uno de nosotros. Como ha demostrado James Valender en su reciente libro *Luis Cernuda y la crítica mexicana*, no hemos dejado de mantener con el poeta español un diálogo que confirme su sentencia: “para el poeta la muerte es la victoria”. Desde los ensayos de Octavio



Variaciones sobre tema  
**MEXICANO**  
por LUIS CERNUDA

FORRUA Y OSREGON, S.A.  
México-1952

Texto tomado, con la autorización del autor, de *Sábado*, suplemento de unomásuno, 23 de marzo de 1991/703.

Paz, cuyo título "La palabra edificante" ya constituye un juicio sobre Cernuda, y de Tomás Segovia, que expresa su admiración a la grandeza de Cernuda indicando sus debilidades, hasta el poema "Origami para un día de lluvia", donde Manuel Ulacia paga la deuda al hombre y al poeta que lo enseñó a mirar de otra manera el mundo, los mexicanos no hemos dejado de conversar con Cernuda. Él, que tanto despreciaba lo que los vivos decimos de los muertos, puede estar seguro que vive en los versos titubeantes del adolescente y en la voz madura de los poetas hechos.

Actualmente, gracias a las investigaciones de James Valender y Rafael Martínez Nadal, que han estudiado la esencia inglesa de Cernuda; a las cuidadosas bibliografía y hemerografía preparadas por Derek Harris y Luis Maristany; a los rescates epistolares de Carlos-Peregrín Otero, Edward Wilson y Rafael Martínez Nadal, tenemos nuevos elementos para reconstruir la vida de Cernuda. Andan en México, ocultas bajo el pudor de una cerradura, cartas amorosas que reconstruirían la odisea sentimental del poeta en nuestra tierra. Ahora sabemos más de la vida de Cernuda. ¿Por qué digo la vida y no la obra? Porque la obsesión central del poeta fue hacer de su vida lo mejor de su obra; servir a la poesía para que ésta lo viviera. El depresivo que Cernuda fue desde su primera juventud, palpable en las páginas de su diario juvenil, lograba sus escasos instantes de felicidad a través de la plenitud física o al trasladar la vivencia a la página. Todo poeta que se haya ganado ese nombre y construya un poema sabe que esa gloria no se diferencia de la plenitud que nos da ser uno en el otro al fundirse en el cuerpo amado.

El personaje central de la poesía de Luis Cernuda no es él mismo sino el poeta, figura enmascarada y universal que habita en quien intenta descifrar el mundo, descifrándose. De tal modo, *La realidad y el deseo* puede leerse como la odisea espiritual del poeta en pugna con el sol negro que seca y agosta su parcela. Misántropo genuino, Cernuda despreciaba a la humanidad partiendo del sujeto más próximo a su carne: él mismo. En un ensayo sobre John Keats, escrito por Cernuda ya en México, hay una confesión del poeta inglés a John Hamilton Reynolds que bien puede aplicarse al sevillano: "Nada tengo que hablar sino de mí, y ¿qué puedo hablar sino lo que siento?... ese es el único estado para la mejor clase de poesía, que es lo que sólo me importa y aquello por lo que solamente vivo."

Espíritu solar, en México reencuentra su sensualidad mediterránea, y se entrega a sus emociones, él que, en sus palabras, todo lo captaba primero en los sentidos y después en el espíritu. Pero su peregrinar que culmina en nuestro país tiene su origen en una vocación viajera cuyas raíces se hallaban en la enfermedad del espíritu. Hombre de todas partes y ninguna, se sabía presa del mal que su dilecto Baudelaire notaba en la humanidad, comparándola a un gran hospital: el enfermo que está en el lecho junto a la ventana, quiere estar próximo al muro, y viceversa. Melancólico auténtico, Cernuda necesitaba del vértigo y del cambio para salir del paroxismo en que lo postraba su astro saturnino. Cambiar de sitio, antes de que los demonios acosaran. De ahí que partir y llegar fueran ceremonias a las que rendía puntual homenaje. Por citar un ejemplo: en su "Historial de un libro" anota que en la media noche del 10 de septiembre de 1947 sale de la estación de Waterloo rumbo a Southampton, y de ahí hacia América. Un texto de *Ocnos* resume, igualmente, esta condición viajera:

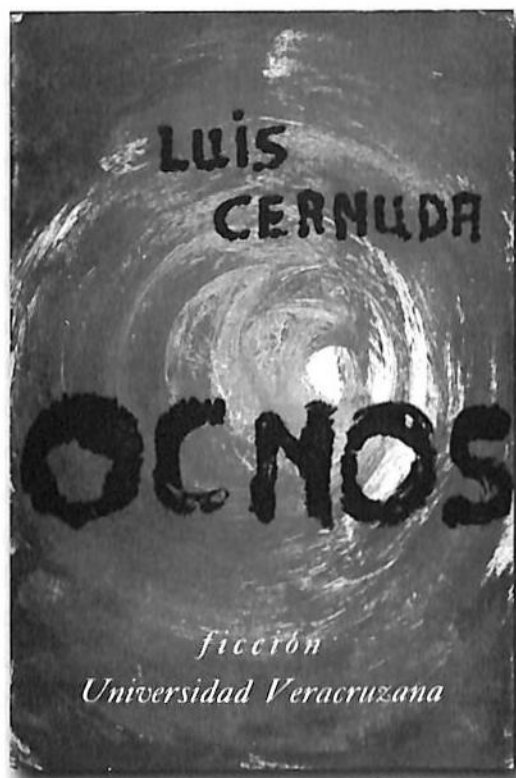
Lo que nuestro deseo no halla al lado va hallarlo a la distancia. Viejo es aquello que dijo alguno: quien corre allende los mares muda de cielo, pero no muda de corazón; [...] mas nunca sabremos que no mudaríamos de corazón de no correr allende los mares. Lo cual de por sí sería ya razón suficiente para ir de un lugar a otro, manteniendo al menos así, viva y despierta hasta bien tarde, la curiosidad, la juventud del alma.

Esta obsesión por vivir una existencia perpetuamente adolescente, regida por los días solares, por el vigor del cuerpo, Cernuda la encontró en España, pero fundamentalmente en una Andalucía más cierta en la fantasía que en la realidad. Arrancado de su terruño nativo, obligado a vivir en climas y a adaptarse a costumbres que eran lo más lejanas posibles a las sevillanas, Cernuda buscará, de ahí en adelante, su retorno al paraíso perdido. Su nostalgia arcádica se resolvía en el reino de su infancia andaluza, como escribe en su ensayo "Divagación sobre la Andalucía romántica":

Confesaré que sólo encuentro apetecible un edén donde mis ojos vean el mar transparente y la luz radiante de este mundo; donde los cuerpos sean jóvenes, oscuros y ligeros; donde el tiempo se deslice insensiblemente entre las hojas de las palmas y el lánguido aroma de las flores meridionales. Un edén, en suma, que para mí bien pudiera estar situado en Andalucía.

La recuperación de este paraíso la logra, mediante la escritura, en los poemas en prosa de *Ocnos*, escritos durante la experiencia inglesa de Cernuda. En México la escritura, en cambio, es producto de la seducción inmediata de la tierra. La elección de México, donde reencontraba signos de su España perdida, se traduce en poemas de una luminosidad aún más notable al compararla con los tonos opacos de *Las nubes*, poemas escritos durante sus primeros años de exilio en Inglaterra, apenas terminada la Guerra Civil. Qué diferente aquella "impresión de destierro" donde el poeta ve a un doble que le revela: "todo era gris y estaba fatigado/ igual que el iris de una perla enferma", con el enamorado que en el poema "Luis de Baviera escucha Lohengrin", poema escrito en México, mira su imagen desdoblarse por obra del amor, para salvarlo y redimirlo. Cernuda, quien gustaba repetir la paradoja "no me hubieras buscado de no haberme hallado", halló la equivalencia de esa Arcadia inasible entre nosotros.

La facilidad de Cernuda para establecer el diálogo de su cuerpo con las realidades del mundo, con lo que él llamaba "el vasto cuerpo de la creación", lo aproxima inmediatamente a través de los sentidos, al clima, los sonidos, al paisaje fecundo, inagotable, de México. Él, que se abrazaba al tronco de un joven chopo o se conmovía hasta las lágrimas ante el árbol dos veces centenario en Emmanuel College, en México encuentra



una flora que lo abrume, lo acosa y lo seduce. Cruzada la frontera estadounidense por primera ocasión en el verano de 1949, el cuerpo es el que manda; los sonidos recuperan un modo de nombrar, una música vocal que, diferente, lo reconoce y obliga a reconocerse en ella. Se obsesiona con los nombres de las cosas nativas; con los perfumes nuevos; con los seres que le evocan a los suyos, pero que son también raza pura de una tierra nueva. Receloso y desconfiado, habrá de replegar sus emociones antes de darse plenamente. Y si en Glasgow escribe los poemas en prosa de *Ocnos*, para no perder la evocación andaluza, de vuelta a Estados Unidos, para retener ese México que ha entrado por los poros, comienza a escribir *Variaciones sobre tema mexicano*, cuando aún lo sucedían las comodidades que para el trabajador intelectual tienen las universidades estadounidenses.

Cuando Cernuda se instala definitivamente en la Ciudad de México, en noviembre de 1952, es un hombre físicamente en la plenitud de sus facultades. El 31 de diciembre de ese año el país legitima su estancia de la mejor manera en que puede hacerlo a un escritor: no con una visa, sí con un libro. Como señala el colofón, en esta fecha simbólica se termina de imprimir *Variaciones sobre tema mexicano*. Luis Cernuda tiene 48 años y está enamorado. En 1951, durante otras vacaciones de verano, había conocido al protagonista de "Poemas para un cuerpo". Y aunque no pueda librarse de su invencible melancolía, sí creemos en sus palabras, en México vive algo que se asemeja a la conciliación, si no es que a la felicidad: "Creo que ninguna otra vez estuve, si no tan enamorado, tan bien enamorado [...] jamás en mi juventud me sentí tan joven como en aquellos días de México; cuántos años habían debido pasar, y venir al otro extremo del mundo, para vivir esos momentos felices." Aunque Cernuda fuera el primero en boicotear su éxito él hubiera odiado esta palabra —en su época mexicana le suceden las mejores cosas que le pueden ocurrir a quien todo lo entrega a la escritura.

Su labor de poeta en verso y prosa, de ensayista y traductor se concreta en libros fundamentales de su obra. Revistas y suplementos literarios mexicanos publican a menudo colaboraciones suyas. Entre 1953 y 1955 obtiene una beca de El Colegio de México, para escribir sus ensayos sobre poesía española contemporánea, la mayoría de los cuales aparecen en *México en la Cultura* del periódico *Novedades*. En 1957 aparece *Estudios sobre poesía española contemporánea* y firma contrato, con nuestra Universidad, para la edición, al año siguiente, de *Pensamiento poético en la lírica inglesa*, fragmentos del cual habían aparecido en revistas y suplementos literarios. En 1958 sale a la luz la tercera edición de *La realidad y el deseo* y en 1962, bajo el sello de Joaquín Mortiz, *Desolación de la quimera*. En 1963, año de la muerte de Cernuda, aparece la tercera y definitiva edición de *Ocnos*, publicada por la Universidad Veracruzana.

*Variaciones sobre tema mexicano* quiere ser la bitácora que, como la del auténtico viajero, se escribe en el alma. Adorador de la belleza, Cernuda se entregaba a ella sin reservas. Sin embargo, fiel a la lección de John Ruskin, quien lo enseñó a evadir la falacia patética y la emoción inmediata, no menciona sus sitios poéticos con mayúscula, sino los crea. Adivinamos, en uno, la terraza del Castillo de Chapultepec; en otro, los canales de Xochimilco. Le importa siempre, con base en la experiencia externa, crear un espacio interior, develado por el poeta para hacernos mirar con nuevos ojos lo que siempre ha estado ahí. Los puentes entre la Sevilla de la infancia y el presente de Glasgow son producto de la memoria; aquellos que vinculan Sevilla con México nacen



de verduras análogas, de terrazas que están o estuvieron en otra parte más allá del océano. Sin embargo, hay también un hecho que explica esta necesidad de hacer suya la tierra mexicana, aunque Cernuda haya tenido el buen gusto estético y el poder humano de no confesarla: la devoción por lo que formaba, a sus ojos, *lo mexicano*, nacía paralela a su enamoramiento por un nativo de esta tierra. Los “Poemas para un cuerpo” explican esta correspondencia entre sujeto y espacio. Ser parte de otro significa adueñarse de su territorio, poseerlo. Por eso sus poemas no son estampas de ocasión del turista deslumbrado por el paisaje extranjero, sino testimonio de una mutua y enriquecedora posesión. La historia de amor, como todas las grandes, termina. Sus rescoldos reviven en Acapulco, en la Playa de la Roqueta, cuando el amor es ya sólo la imagen torturante de lo que fue. Enamorado de la belleza física, asistente asiduo a los conciertos de música clásica, sobre todo a los que se realizaron en 1956, en México al igual que en todo el mundo, con motivo de los 200 años del natalicio de Mozart, ¿cómo no pensar en Aschenbach, el artista enamorado que Thomas Mann concibe, persiguiendo en las calles de Venecia al otro que es él mismo, espejo de Narciso que combate, en batalla perdida, contra el tiempo?

*Se le vio caminar.* Llenaríamos un libro con todas las anécdotas de los habitantes de la ciudad de México que lo vieron por la urbe que, caminante y solitario como era, conoció hasta agotarla. Cernuda y la ciudad. Miremos parte de ese álbum fotográfico, instantáneas impresas –ya para siempre– en las pupilas mexicanas: Cernuda y el autobús Colonia del Valle, donde se sentó al lado de un adolescente que leía un libro de poemas, pretexto para la conversación donde el joven, llamado Enrique González Rojo, le comunicó su parentesco con el abuelo ilustre. Cernuda y los martinis del Sanborns de Lafragua, donde iba a festejar su cumpleaños de hombre solo. Cernuda en las oficinas de Hacienda, llenando la puerta con sus suéteres ingleses, saludando a Octavio G. Barreda y Fausto Vega. Cernuda en los pasillos de la Facultad de Filosofía y Letras, vestido con la elegancia excesiva que es en el fondo blindaje del solitario. Cernuda en los salones de clase, impartiendo una cátedra aburrida en un salón semidesierto, para confirmar la regla casi invariable de que los buenos escritores son malos profesores. Cernuda en la tertulia del Hotel del Prado, donde Sergio Fernández lo mira transfigurarse desde su

llegada rígida, todo él *tweeds* y lociones, hasta la locuacidad que lo animaba al hablar de los poetas ingleses. Cernuda a la salida del Palacio de Bellas Artes, recorriendo a pie los 10 kilómetros hasta su refugio coyoacanense, alimentado por la luz de Mozart; Cernuda grabando sus poemas para el disco más tarde editado por nuestra Universidad, en una cinta casera que no elimina el modo seco, urgente, con que pasa de un poema a otro, timbre metálico y bajo, voz discreta y honda que tiende a no hacerse notar, como el Góngora de su poema que sólo salía amparado por la penumbra para que menos se notara “la bayeta caduca de su coche y el tafetán delgado de su traje”. Cernuda en el ataúd flamante de Gayosso, el rostro impecablemente afeitado, y Guillermo Fernández –único poeta mexicano que lo veló toda la noche– estableciendo, a través del vidrio, el vínculo que no pudo darse en vida.

*Desolación de la quimera* es su último libro de poemas, y es, también, otro libro mexicano de Luis Cernuda. No es ya el poeta virtuoso que dio muestra de su maestría técnica en *Égloga, elegía, oda*. Tampoco el iconoclasta exaltado de *Los placeres prohibidos* ni el del aliento de los largos poemas meditativos de su madurez. *Desolación de la quimera* es el libro del hombre ya dispuesto a marcharse: “Morir es duro, mas no poder morir si todo muere, es más duro quizá.” Desde los títulos de los poemas, todo en el libro es despedida, premonición, hacer las paces. Se dice, con más frecuencia de la debida, que el último libro de un poeta es su testamento. En Cernuda es cierto, más cierto aún porque se trata no de su testamento poético, sino de su testamento de hombre. Los versos en *Desolación de la quimera* lo parecen, en ocasiones, sólo por su disposición tipográfica, y a cada momento el poeta siente la necesidad de la confesión, y de hacerle más caso al hombre que está por irse. Las campanas de un 2 de noviembre le recuerdan que es el último de su estirpe –sus dos hermanas recién habían muerto– y que los Cernuda difícilmente llegaban a los 60 años. Murió como hubiera querido, en las primeras horas del 5 de noviembre de 1963, sin molestar a nadie, en silencio y solo, recién bañado, la pipa en una mano y los cerillos en la otra.

Como se ha dicho varias veces, como él mismo lo confesaba, su estancia en México se debió a la recuperación de la tierra natal. Pero también –y creo que no está dicho suficientemente– porque en los mexicanos encontró virtudes que él creía algunas de las mejores de la humanidad, virtudes que también encontró en los ingleses y, acaso a pesar suyo, en los españoles. Odiaba en españoles, ingleses y mexicanos la vulgaridad, la ambición, la mezquindad, defectos que no obedecen a nacionalidad alguna, sino a la veleidad de nuestra especie. Pero admiraba la España de Galdós y Cervantes, la Inglaterra que resistió los bombardeos de la aviación alemana y el México que le recordaba un edén imposible. Nada más lejano que Glasgow y Xochimilco, Londres y la ciudad de México. Pero si en los ingleses admira el pudor y la discreción –cualidades tan cernudianas–, en los mexicanos admira la laxitud corporal, el espíritu dionisiaco que lo regresa a su indolencia andaluza, al ocio creador que se le vuelve un “quehacer de mirar y luego quehacer de esperar el advenimiento de la palabra”. Debemos a Emilio Abreu Gómez el rescate casi textual de las palabras con que Cernuda se refería a los ingleses. Cuando el mexicano le decía que aquellos eran secos, sórdidos y displicentes, Cernuda respondía:

Este tipo de inglés, es claro, que existe; ya lo creo que existe; como existe el español vulgar, mal hablado e ignorante; y existe el italiano que es como un pedazo de música.

Pero existe el otro inglés que pasará inadvertido en cualquier parte; que viste con discreción extraordinaria; que habla quedo; que no se atreve a soltar una palabra sucia; que pide perdón si discrepa un punto de su interlocutor y que además es capaz de contarnos, como si fuera un cuento de hadas, la vida de Milton, de Lord Byron o de Keats. En un descuido nos dice –no nos recita– un poema completo de la época romántica.

¿No es este un autorretrato de Luis Cernuda, a pesar suyo? Cuando comencé a escribir estas líneas quise encontrar en una canción de Sting, *Englishman in New York*, la poética cernudiana. Iba a decir poética vital, pero en Cernuda la poética verbal se organiza a partir de la experiencia vivida, del inmediato asedio a la realidad. En la canción de Sting, un caballero inglés se trasladó a Nueva York, y sobrevive, fiel a sus principios, en la barbarie civilizada; en su necesidad de defender su reino intocado por los otros, veo el equivalente del *Vivir sin estar viviendo* cernudiano; en su exigencia porque el guerrero sea aquel que merece las armas y no sólo el que las toma, encuentro un paralelo con el Cernuda que, antes que empujar al otro, prefiere hacerse a un lado. Cernuda era así, como los pasajeros ingleses del *Titanic* que vistieron *smoking* cuando se dieron cuenta de que el naufragio era inevitable; pero también como el indio mexicano Tomás Mejía, que no dijo una palabra frente al pelotón de fusilamiento en Querétaro, ante la grandilocuencia y la dramatización de sus compañeros de cadalso. Este auténtico caballero que “camina pero nunca corre” aparece definido en un recuerdo infantil de José de la Colina:

Delgado, moreno, chato, de frente abombada, de bigotito lineal, de pequeños ojos duros, bien empacado en una discreta elegancia a la inglesa, salía Luis Cernuda, con su soledad insobornable, a la calle, en la Ciudad de México, y nosotros, hijos de refugiados españoles, lo teníamos por lo que de él nos habían dicho: un señorito, y por eso habíamos tramado aquella broma que repetimos quién sabe cuántas veces: él caminaba por la calle, tal vez fumando su pipa, y de repente se oía aquel grito duro, imperativo, a su espalda: “¡Ey, Cernuda!”, alevosamente lanzado como una pedrada desde cualquier parte o ninguna, y él se volvía vivamente, miraba en torno suyo, buscaba al este y al oeste y al sur y al norte, escudriñaba la calle como un páramo de chacal, fruncía el entrecejo, se le veía desconcertado, descentrado, perdiendo su eje, repentinamente inmerso en un amenazador vacío. Y nadie al este y al oeste, nadie al sur ni al norte, y él seguía su camino, desorganizado ya su mundo. Acaso el grito se repetía desde cualquier parte, acaso el volvía a girar sobre sus tacones, a mirar en torno, a quedarse así, más que nunca envuelto en su exilio como en una enemiga niebla.

Acaso la desconfianza por esas voces que lo llamaban de quién sabe dónde, su incapacidad para asimilar bromas, llevaron a Cernuda a fortalecer su armadura, a *vivir sin estar viviendo*. En su libro de memorias *Lo que “Cuadernos del Viento” nos dejó*, Huberto Batis reivindica el trabajo docente de Cernuda, quien fue su profesor de literatura francesa, y enumera sus constantes intentos por romper la coraza cernudiana. Uno cuando le solicitó un poema para la revista; Cernuda no contestó con un “sí” verbal, pero envió “Ninfa y Pastor” por intermedio de Joaquín Díez-Canedo; un segundo intento de comunicación verbal fue ante el zaguán de Tres Cruces 11, en Coyoacán; el tercero, en los Viveros de Coyoacán, donde Batis nos revela un Cernuda deportista:

Lo vi caminar una mañana bordeando por avenida Universidad los Viveros de Coyoacán. Detuve mi coche adelante, y bajé a saludarlo. Don Luis venía a buen paso, respirando profundamente como un marchista, me esquivó como si yo fuera un poste plantado en medio de la vereda, sin contestarme y sin parpadear siquiera, mirando el infinito. Ahí me dejó como el estúpido que soy. Así era Cernuda.

## Dignidad y reposo\*

En tierras anglo-sajonas las gentes no saben reposar, ni sus cuerpos adaptarse naturalmente al descanso. En cambio aquí las actitudes de reposo son naturales a los cuerpos, tan naturales, que hasta en los lugares peores pueden adaptarse con la gracia mejor.

Pronto, pronto. Antes que te olvides, recuerda, entre otras, algunas

•  
Aquel chamaco en el umbral de un convento pueblerino, traje blanco y sombrero de paja, sentado sobre el primer escalón, la espalda contra el muro, una rodilla en alto, dejando caer sobre ella su brazo, la mano colgando entreabierta y el índice extendido, como el Adán de la Sixtina en el fresco de la Creación.

O aquel otro, reclinado sobre la balaustrada baja que rodeaba el jardinillo de una plaza. Su asiento, o mejor sería decir su diván, era sin duda incómodo. Sin embargo, ¿cuánto tiempo estuvo allí, escorzado de perfil con tanta gracia espontánea, un brazo sosteniendo la cabeza y el otro caído a lo largo del cuerpo?

•  
Las actitudes de la mujer, por contraste, parecen más austeras, y no es su dejadez airosa, sino su fiera dignidad lo que en ellas reclama aquí la atención. Como la india vieja, toda envuelta en su rebozo azul destañido, caminando descalza hacia la iglesia, que así pudo marchar, siglos atrás, al sacrificio. O la que en cuclillas sobre el polvo, con el gesto ritual de una sacerdotisa, cocinaba al borde del camino unos pobres alimentos. No. El cuerpo aún conserva en esta tierra su dignidad natural. Y en nada manifiesta tan bien el cuerpo la conciencia de su dignidad como en su abandono.

\* Luis Cernuda, *Variaciones sobre tema mexicano*, México, Porrúa, 1952.

Pero acaso la vanidad natural del poeta, a la cual no era ajeno Cernuda, se sintiera complacida por el joven que solicitaba versos suyos. La célebre neurastenia cernudiana, leyenda fomentada por sus propios amigos, como el *Licenciado Vidriera* inventado por Salinas y que, acaso por justo, tanto molestaba a Cernuda, era en el fondo una necesidad de respetar al otro, de no meterse en sus cosas, y de pedir lo mismo a cambio. Orgullo del tímido: no me hagas a mí lo que no quieras que te haga, pero insiste para romper este cerco que me impongo. Concha Méndez me contó que una mañana de Navidad lo encontró dormido en una silla del jardín, cubierto por una manta. Había dormido ahí la noche entera. Habiendo llegado tarde de la Nochebuena, no tuvo el ánimo para cruzar el jardín y repartir abrazos, jugar a ser feliz como casi toda la gente, antes de refugiarse en la pequeña casa en que vivía al fondo de la mayor.

No quiero terminar sin reconstruir una fotografía que tengo ante mis ojos. Fue tomada ante la tumba de Luis Cernuda el 5 de noviembre de 1978, en los 15 años de la muerte del sevillano. En el Panteón Jardín de esta ciudad de México nos dimos cita varios poetas devotos de Luis Cernuda. Nos encabezaba Concha Méndez, con un ramo de flores del jardín de la casa de Tres Cruces donde Cernuda creía recuperar el huerto cerrado que sólo la infancia y la poesía nos permite poseer. A sus entonces 80 años de edad, Concha Méndez era la memoria del grupo de poetas que hizo el Otro Siglo de Oro de la poesía española. Con dos bastones y el corazón entero, representaba a esa generación del 27 cuyo mayor heroísmo fue vivir con una intensidad que devoró al tiempo para incorporar a España a la modernidad. Y estábamos también los otros, quienes éramos niños o apenas íbamos naciendo cuando Luis Cernuda anduvo entre nosotros, sobre la misma tierra donde apenas florecíamos, ignorantes de que *en nuestra entraña maduraba la perla*. Ante la sencilla lápida que dice "Luis Cernuda Bidou[sic]. Sevilla 1902-México 1963", leímos varios de los poemas más representativos del sevillano. Nos acompañaban también Enrique González Rojo y Carlos Illescas, quien escribió un poema para la ocasión, a partir de la figura de Marsias, el símbolo del poeta martirizado pero triunfante que Cernuda amaba particularmente. Cada uno de nosotros sintió que el poema "A un poeta futuro" era nuestro, y era imposible



no estremecerse al escucharlo, en voz de Isabel Quiñones:

Cuando en días venideros, libre el hombre  
Del mundo primitivo a que hemos vuelto  
De tiniebla y de horror, lleve el destino  
Tu mano hacia el volumen donde yazcan  
Olvidados mis versos, y lo abras,  
Yo sé que sentirás mi voz llegarte,  
No de la letra vieja, mas del fondo  
Vivo en tu entraña, con un afán sin nombre  
Que tú dominarás. Escúchame y comprende.  
En sus limbos mi alma quizá recuerde algo,  
Y entonces en ti mismo mis sueños y deseos  
Tendrán razón al fin, y habré vivido.

A cambio de las flores que depositamos en la tumba de Cernuda, cada quien se llevó la parte de la herencia cernudiana que le correspondía. A todos nos quedaba claro que, por haber estado en nuestra tierra, por reposar bajo ella, Luis Cernuda es mexicano: en México, donde el "esta es su casa" es signo revelador de la generosidad de sus habitantes, aprendió nuestro culto a la muerte y también a hablar con ella. No hay casi poema de *Desolación de la quimera*, ya se trate de aquellos donde él o su otro yo son personajes, o donde rinde homenaje a la condición del artista, que no se refiera a la acción de morir. Pudo haber regresado a Estados Unidos; rechazó el examen médico, puso mil pretextos. Meta de muchos peregrinos, México fue el punto final de un afán viajero cuyo corolario se encuentra en uno de sus últimos poemas:

Mas ¿tú? ¿Volver? Regresar no piensas,  
Sino seguir libre adelante,  
Disponible por siempre, mozo o viejo,  
Sin hijo que te busque, como a Ulises,  
Sin Ítaca que aguarde y sin Penélope.

Bajo la evidente amargura de estos versos late la confirmación de la estela mexicana de Luis Cernuda, y un consuelo posible para quien vivió en soledad y a ella dedicó algunos de sus versos más memorables. Héctor Carreto, Carlos Oliva, Eusebio Ruvalcaba, Mario Alberto Mejía, Isabel Quiñones, Carlos Santibáñez, Antonio del Toro y quien esto escribe fuimos al Panteón Jardín para hablar con Cernuda, pero también para comprobar que su esterilidad era aparente. Ese día, y todos los demás en que al azar abrimos *La realidad y el deseo*, o ejecutamos una acción que redime la dignidad del hombre, estamos diciendo a Luis Cernuda que somos los hijos que no tuvo pero tiene. Los hijos mexicanos de Luis Cernuda. LC

## El magnolio\*

Se entraba a la calle por un arco.  
Era estrecha, tanto que quien iba  
por en medio de ella, al extender  
a los lados sus brazos, podía to-  
car ambos muros. Luego, tras una  
cancela, iba sesgada a perderse  
en el dédalo de otras callejas y  
plazoletas que componían aquel  
barrio antiguo. Al fondo de la  
calle sólo había una puertecilla  
siempre cerrada, y parecía como  
si la única salida fuera por enci-  
ma de las casas, hacia el cielo de  
una ardiente azul.

En un recodo de la calle es-  
taba el balcón, al que se podía  
trepar, sin esfuerzo casi, desde  
el suelo; y al lado suyo, sobre las  
tapias del jardín, brotaba cubrién-  
dolo todo con sus ramas el in-  
menso magnolio. Entre las hojas  
brillantes y agudas se posaban en  
primavera, con ese sutil misterio  
de lo virgen, los copos nevados  
de sus flores.

Aquel magnolio fue siempre  
para mí algo más que una hermo-  
sa realidad: en él se cifraba la  
imagen de la vida. Aunque a ve-  
ces la deseaba de otro modo, más  
libre, más en la corriente de los  
seres y de las cosas, yo sabía que  
era precisamente aquel apartado  
vivir del árbol, aquel florecer sin  
testigos, quienes daban a la her-  
mosura tan alta calidad. Su pro-  
pio ardor lo consumía, y brotaba  
en la soledad unas puras flores,  
como sacrificio inaceptado ante  
el altar de un dios.

\* Luis Cernuda, *Ocnos*, Universidad Veracruzana, México, 1963.